

YOUMA
LA HISTORIA DE UNA
ESCLAVA ANTILLANA
LAFCADIO HEARN

Traducción de Silvia Schettin



PRIMERA EDICIÓN: julio de 2012
TÍTULO ORIGINAL: *Youma. The Story of a West-Indian Slave*

© de la traducción, Silvia Schettin Pérez, 2012
© Errata naturae editores, 2012
C/ Río Uruguay, 7, bajo C
28018 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-30-5
DEPÓSITO LEGAL: M-21091-2012
CÓDIGO BIC: FC
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

LA *DA*, DURANTE LOS VIEJOS TIEMPOS COLONIALES, disfrutaba de una posición elevada en las casas adineradas de Martinica. La *da* era normalmente una negra criolla —con más frecuencia de tono oscuro que de claro— y era habitual que fuera una *capresse* en vez de una *mestive*; pero en su caso particular el prejuicio del color no le afectaba. La *da* era una esclava; pero ninguna liberta, sin importar lo bella o culta que fuese, podía disfrutar de los privilegios sociales que tenían algunas *das*. La *da* era tan respetada y querida como una madre: era al mismo tiempo una nodriza y una enfermera. Porque el niño criollo tenía dos madres: la madre blanca y aristocrática que le dio a luz, y la madre adoptiva de piel oscura que le proporcionaba todos los cuidados, que lo amamantaba, lo bañaba, le enseñaba a hablar en el estilo dulce y musical de los esclavos, lo llevaba en brazos para contemplar el hermoso paisaje del Trópico, le

contaba cuentos fascinantes por las noches, lo arrullaba hasta que se quedaba dormido y se preocupaba de cualquier cosa que quisiera, de día o de noche. No era de extrañar que, durante la infancia, la *da* fuera más amada que la madre blanca: cuando había alguna preferencia muy marcada, ésta era casi siempre en favor de la *da*. El niño pasaba mucho más tiempo con ella que con su verdadera madre: sólo ella satisfacía todas sus pequeñas necesidades; él la encontraba más paciente, más indulgente, quizá incluso más afectuosa que a la otra. La propia *da* tenía el espíritu de un niño, hablaba con el lenguaje de los niños y le divertían las cosas infantiles: ingenua, juguetona, cariñosa; ella comprendía los pensamientos, los impulsos, las aflicciones y los defectos del pequeño de una forma de la que la madre blanca no siempre era capaz: ella sabía instintivamente cómo calmarlo en cualquier ocasión, cómo avivar y acariciar su imaginación; entre sus naturalezas reinaba una armonía absoluta, una feliz comunión de lo que les gustaba y lo que no, una comprensión perfecta del placer animal del ser. Más tarde, cuando el niño había madurado lo suficiente para recibir sus primeras lecciones de un tutor o una institutriz, para aprender a hablar francés, el afecto que les profesaba a la *da* y a su madre empezaba a diferenciarse de acuerdo con la expansión de la mente; pero, aunque puede que la madre fuese más querida, la *da* no recibía menos cariño que antes. El amor de la nodriza duraba toda la vida y la relación de la *da* con la familia raramente terminaba, excepto en esos crueles casos en los que solamente la «alquilaban» a otro dueño de esclavos.

En muchos casos, la *da* de la familia había nacido en la hacienda: bajo el mismo techo podía ser la nodriza de dos generaciones. Pero era más frecuente que, cuando la familia se multiplicaba y se dividía, cuando los hijos y las hijas, ya adultas, se convertían ellos en padres y madres a su vez, ella se ocupase de sus hijos en nuevos hogares. La *da* terminaba sus días con los amos: aunque desde el punto de vista legal no dejaba de ser una propiedad, se habría considerado casi una infamia venderla. Si la liberaban por gratitud —*pour services rendus*— a ella no le interesaba formar un hogar propio: la libertad tenía escaso valor para ella, salvo en el caso de que sobreviviera a aquellos con quienes había entablado vínculos. Tenía hijos propios, para los cuales habría deseado la libertad más que para ella misma, y para quienes podría haberla solicitado con todo derecho, puesto que ella había sacrificado gran parte de sus placeres maternos por el bien de hijos ajenos. La *da* era desinteresada y leal hasta el punto de conseguir gratitud incluso de temperamentos de hierro; representaba el punto más alto de la evolución de la bondad natural de la que era capaz una raza mentalmente sin desarrollar, que se había mantenido semisalvaje por medio de la sumisión, pero con un físico sumamente refinado por el clima, el entorno, todas las misteriosas influencias que conforman la personalidad de las gentes criollas.

La *da* pertenece ya al pasado. Aquella clase especial era producto de la esclavitud, creada en gran parte por la selección: el único fruto de la esclavitud que quizá no sea digno de arrepentimiento, una flor extraña entre todas

las que han florecido en la fétida oscuridad de esa tierra amarga. La atmósfera de libertad no era esencialmente fatídica para la permanencia de esa clase, pero con la libertad llegaron muchos cambios que no se buscaban: una gran depresión industrial producto de la rivalidad extranjera y los nuevos descubrimientos —una crisis comercial, en pocas palabras—, acompañada del establecimiento del sufragio universal, la subordinación del elemento blanco al elemento negro a causa de una revuelta política y la completa desintegración de la antigua estructura social. La transformación fue demasiado violenta para que obtuviera buenos resultados; el abuso de los poderes políticos, transferidos de forma demasiado apresurada e indiscriminada, intensificó los antiguos odios y dio lugar a otros nuevos: las razas se separaron para siempre en el momento en el que se necesitaban más que nunca. Entonces, la creciente dificultad de la existencia fomentó rápidamente el egoísmo: la generosidad y la prosperidad se desvanecieron al tiempo; la vida criolla se replegó en canales mucho más angostos; y el carácter de todas las clases se endureció visiblemente bajo la presión de unas necesidades antes desconocidas.

Ya no quedan, en verdad, más *das*: ahora sólo hay *gardiennes* o *bonnes*, ayas que muy raramente pueden conservar su puesto más de tres meses. La lealtad y la simplicidad de una *da* se han convertido en una tradición: vano sería buscar un equivalente entre las nuevas generaciones de sirvientas asalariadas. Pero, de aquellas que fueron *das*, algunas viven todavía y conservan el nombre que, una vez

otorgado, se mantiene toda la vida como un título honorífico. Aún se puede ver a algunas de ellas en Saint-Pierre.

Hay, por ejemplo, una casa muy elegante en la Grande Rue, cerca del mar, en cuyo umbral de mármol puede observarse temprano cada mañana a una negra muy vieja a la que le encanta el sol. Se llama Da Siyotte. Caballeros de fortuna y de elevada posición, comerciantes y jueces, la saludan al pasar. Puede que veas a los hombres de la familia, el padre encanecido y sus apuestos hijos, pararse a charlar con ella antes de encaminarse a sus oficinas. Puede que también veas a las jóvenes damas inclinarse y besarla antes de ocupar sus puestos en el carruaje que las lleva de paseo. Si te demoraras lo suficiente, puede que descubrieses que todos los visitantes la saludan con una sonrisa y una amable pregunta: *Comment ou yé, Da Siyotte?* ¡Ay del extranjero que le hablara con rudeza, llevado por la impresión de que es sólo una sirvienta! *Si elle n'est qu'une domestique*, le espetó el señor de la casa, en reproche a alguien así, *alors vous n'êtes qu'un valet!* Porque insultar a la *da* es insultar a toda la familia. Cuando muera, se le preparará un funeral que el dinero solo no puede comprar, un funeral de los de *première classe*, al que asistirán los más ricos y honorables de la ciudad. Ese día habrá hacendados que recorrerán más de treinta kilómetros a través de los *mornes** para ser los portadores del féretro. Damas que raramente pisan el pavimento, que rara vez salen de casa, salvo si es en su

* *Morne* es una palabra criolla de las Antillas, que surge de la alteración de la voz castellana «morro» y que refiere a un «cerro». Lafcadio Hearn la mantiene a lo largo de su relato, sin duda para aportarle exotismo (N. de la T.).

propio transporte, pero que seguirán a pie el féretro de esa anciana negra, bajo el sol ardiente, todo el camino hasta el *Cimetière du Mouillage*. Y enterrarán a su *da* en el panteón familiar, mientras las coronas de las grandes palmeras se agitan durante el *bourdon*.

I

Aún hay en Saint-Pierre algunos ancianos que recuerdan a Youma, una *capresse* de elevada estatura propiedad de Madame Léonie Peyronnette. La criada era mucho más conocida que la señora, pues Madame Peyronnette apenas salía ya, después del fallecimiento de su esposo, un rico comerciante que la había dejado en una situación más que cómoda.

Youma era una esclava doméstica, y también la ahijada de Madame Peyronnette: no era poco frecuente, durante el Antiguo Régimen, que las damas criollas se convirtieran en las madrinas de los hijos de sus esclavos. Douceline, la madre de Youma, fue adquirida como *da* para la única hija de Madame Peyronnette, Aimée, y murió cuando Aimée estaba a punto de cumplir cinco años. Las dos niñas tenían casi la misma edad, y parecían estar muy unidas: después de la muerte de Douceline, Madame Peyronnette decidió criar a la pequeña *capresse* como compañera de juegos de su hija.

El temperamento de las dos niñas era perceptiblemente distinto; y, cuando crecieron, la diferencia se hizo más patente. Aimée era expresiva, cariñosa, sensible y apasionada, con facilidad para pasar de la alegría a la pena, de las lágrimas a las sonrisas. Youma, por el contrario, siempre se mostraba taciturna, y rara vez dejaba escapar una emoción: jugaba en silencio mientras Aimée gritaba, y apenas

sonreía, mientras que Aimée se reía tan fuerte que asustaba a su madre. A pesar de todas estas diferencias de carácter, o quizá precisamente por ellas, las dos se llevaban muy bien: nunca tenían una pelea seria, y sólo se separaron cuando a Aimée, con nueve años, la enviaron a un convento para recibir una educación más completa de la que creían que los profesores particulares podrían darle. El dolor de Aimée al separarse de su compañera no se mitigó con la garantía de que en la escuela encontraría unas compañeras mucho mejores que una joven *capresse*; Youma, que sin duda tenía mucho más que perder con el cambio, se mantuvo aparentemente en calma: *elle était d'une conduite irréprochable*, dijo Madame Peyronnette, una observadora demasiado aguda para atribuir la «conducta irreprochable» a la insensibilidad.

Sin embargo, las amigas siguieron viéndose, pues Madame Peyronnette iba en su carruaje todos los domingos al convento y siempre se llevaba a Youma con ella. Aimée parecía sólo un poco menos contenta de ver a su antigua compañera de juegos que de ver a su madre. Durante las primeras vacaciones de verano y de Navidad, se reanudó la camaradería infantil, ya que el afecto mutuo había sobrevivido al natural cambio de relación: aunque nominalmente era una *bonne*, que se dirigía a Aimée como «ama», Youma recibía casi el mismo trato que una hermana adoptiva. Y cuando la señorita hubo terminado sus estudios, la joven criada y esclava siguió siendo su confidente y, hasta cierto punto, su compañera. Youma nunca había aprendido a leer ni a escribir: Madame Peyronnette creía que darle

una educación sólo la haría sentirse insatisfecha con el alcance de un destino del que ningún esfuerzo podría librarla; pero la chica tenía una inteligencia natural que la compensaba en gran parte y en muchos sentidos por su falta de entrenamiento mental: sabía lo que hacer y lo que decir en todas las ocasiones. Se había convertido en una magnífica mujer; sin lugar a dudas la más espléndida *capresse* del distrito. De tez oscura con un matiz rojizo, sus facciones revelaban una belleza imprecisa y sutil, algo que sugería el rostro indefinible de la esfinge, sobre todo de perfil; el pelo, aunque rizado como la lana negra de una oveja, lo llevaba largo y nada descuidado; tenía gracia, además, y era muy alta. A los quince años ya parecía una mujer; a los dieciocho ya le sacaba una cabeza a su joven ama; y Mademoiselle Aimée, aunque no estaba por debajo de la estatura media, tenía que alzar los ojos cuando salían a pasear juntas para poder mirar a Youma a la cara. Y en todas partes admiraban a la joven *bonne*: tenía una de esas figuras que los martiniqueses señalarían con orgullo a un extranjero como el prototipo de belleza de la raza mestiza. Incluso en tiempos de los esclavos, el criollo no se negaba a sí mismo el placer de admirar en una piel humana los tonos que nadie teme alabar en el bronce o en el oro: reconocía con franqueza su exquisitez; desde un punto de vista estético, su «prejuicio por el color de la piel» no existía. Eran pocos los jóvenes blancos, en cambio, que se hubieran atrevido a confesar su admiración por Youma: había algo en los ojos y en la actitud seria de la joven esclava que la protegía casi tanto como el poder moral de la familia que la había criado.

Madame Peyronnette se sentía orgullosa de su criada, y le complacía verla vestida con toda la elegancia que le era posible, con esos vestidos resplandecientes y llenos de gracia que llevaban por entonces las mujeres de color. Y en cuanto a vestidos, Youma no tenía ninguna razón para envidiar a las mujeres de las clases libres: tenía todo lo que una *capresse* desearía llevar, según las preferencias locales por el contraste de colores —*jupes* de seda y de satén, *robes-dézindes* con tocados y fulares a juego—: azul combinado con naranja, rojo con violeta, amarillo con azul brillante, verde con rosa. En ocasiones especiales, como en la primera comunión de Aimée, una *fête* de la señora, un baile, o una boda a la que la familia estaba invitada, Youma vestía con exquisita elegancia. Con su *jupe* de cola de satén naranja ceñida justo por debajo del busto, que dejaba ver la camisa con encaje y bordados, medias mangas que le dejaban al descubierto los brazos llenos de brazaletes, y ajustadas a la altura del codo por broches de oro (*boutons-à-clous*); el pañuelo del cuello (*mouchouè-en-lai*) de amarillo canario y rayas verdes y azules; su collar triple con cuentas de oro talladas (*collier-chou*); sus brillantes pendientes (*zanneaux-à-clou*), cada uno de ellos un conjunto de cuentas de oro unidas entre sí; el turbante de madrás a rayas amarillas en el que brillaban deslumbrantes joyas, «fibulas temblorosas», cadenitas, trémulos dijes de oro en forma de bellotas (*broches-à-gland*), podría haber posado para un pintor como modelo de la reina de Saba. Entre los adornos de Youma había varios preciosos regalos de Aimée, pero gran parte de las joyas se la había comprado Madame

Peyronnette como regalo de Año Nuevo. A Youma no se le negaba ningún placer, dentro de lo razonable, que creyeran que pudiera desear... excepto la libertad.

Quizá Youma nunca se hubiera preocupado de aquello, pero Madame Peyronnette sí había pensado mucho al respecto y había tomado una decisión. En dos ocasiones negó la libertad de la muchacha a Mademoiselle Aimée, a pesar de sus fervientes ruegos y lágrimas. La negación vino motivada por razones que Aimée era entonces demasiado joven para comprender del todo. La verdadera intención de Madame Peyronnette era que se le concediera la manumisión a Youma tan pronto como ser libre pudiera hacerla, de algún modo, más feliz. En aquel tiempo, su esclavitud era una protección moral: la mantenía legalmente bajo el control de quienes más la amaban; la protegía de peligros de los que aún no sabía nada; sobre todo, evitaba la posibilidad de que estableciera una unión que su señora no aprobara. La madrina tenía sus propios planes para el futuro de la chica: tenía la intención de casarla algún día con un liberto ahorrador y diligente, alguien capaz de darle un buen hogar, un carpintero de barcos, un ebanista, un albañil, un contraamaestre de algún tipo; y si eso sucediera, ella tendría su libertad, quizá incluso una pequeña dote. Mientras tanto, Youma era tan feliz como resultaba posible.

A la edad de diecinueve años, Aimée encontró un matrimonio por amor y se casó con Monsieur Louis Desrivères, un primo lejano, diez años mayor que ella. M. Desrivères había heredado una próspera hacienda en la costa este;

pero, como muchos hacendados ricos, pasaba gran parte del año en la ciudad por elección propia. Y fue a la residencia de su madre, en el Quartier du Fort adonde llevó a su joven esposa. Youma, en conformidad con el deseo de Aimée, la acompañó a su nuevo hogar. El domicilio de Madame Peyronnette, en la Grande Rue, no estaba tan lejos del de los Desrivieres, en la Rue de la Consolation, como para que tanto la hija como la ahijada pudieran sentirse afligidas por la separación.

Trece meses después, Youma, ataviada como una princesa oriental, llevó a la pila bautismal a una niña cuyo advenimiento al pequeño mundo colonial se registró en los Archivos de la Marina: *Lucile-Aimée Francillette Marie, fille du sieur Raoul-Ernest-Louis Desrivieres et de dame Adélaïde-Hortense-Aimée Peyronnette*. Entonces Youma se convirtió en la *da* de la pequeña Mayotte. A los niños se los conoce y se los llama por el último de los nombres que se les otorga en el bautismo, o, en lugar de éste, por un diminutivo criollo de ese nombre. El diminutivo de Marie es Mayotte.

Ambas familias creían que Mayotte se parecía más a su padre que a su madre: tenía sus ojos grises y su pelo castaño; ese pelo brillante que en los niños de las viejas familias coloniales acaba por oscurecerse hasta parecer negro, a medida que crecen. La niña prometía convertirse en una belleza.

Otro año pasó en el que no hubiera podido encontrarse una familia más feliz. Entonces, con una crueldad repentina, la muerte se llevó a Aimée. Había salido con su marido

en un carruaje abierto, para dar un paseo por la preciosa ruta de montaña llamada La Trace, y habían dejado a Youma con la niña en casa. Mientras regresaban, una de esas heladas lluvias torrenciales, que van acompañadas de tormentas en según qué estaciones, los sorprendió cuando estaban lejos de cualquier lugar en el que pudieran refugiarse, en mitad de una tarde que había sido desacostumbradamente templada. Los dos terminaron empapados en apenas un momento, y se levantó, de pronto, un fuerte viento del norte que les azotó durante todo el camino a casa. La joven esposa, de naturaleza delicada, sufrió un ataque de pleuresía y, a pesar de que se le prestó toda la ayuda posible, murió antes del amanecer.

Y Youma, por última vez, la vistió con dulzura y destreza, como la había vestido de azul celeste para su primer baile, y como la vistió en el día de su boda de blanco vaporoso. Sólo que ahora Aimée estaba toda envuelta de negro, como lo están las madres criollas muertas.

Monsieur Desrivieres había amado a su esposa apasionadamente: se había casado con un corazón inocente y un carácter muy poco endurecido por el contacto con el lado más duro de la existencia. Fue una prueba terrible, durante un tiempo creyeron que no lograría superarla. Cuando, al fin, empezó a recuperarse de la grave enfermedad que le había causado su dolor, le pareció imposible quedarse en casa con sus recuerdos: volvió tan pronto como pudo a su plantación para mantenerse ocupado y, de tanto en tanto, iba a la ciudad a visitar a su hija, a quien Madame Peyronnette insistió en cuidar. Pero

Mayotte resultó ser delicada, como la madre, y durante una temporada de epidemias, unos seis meses más tarde, Madame Peyronnette decidió que sería mejor llevársela al campo, con su padre, y que quedara al cargo de Youma. Anse-Marine tenía fama de ser uno de los sitios más saludables de la colonia, y la niña empezó a recuperar las fuerzas allí, como la mimosa —*zhèbe-mamisé*— se endurece con el viento del mar.

II

El camino, por las montañas, desde Saint-Pierre hasta la plantación de Anse-Marine —antes propiedad de los Desrivières— era largo, pero no es probable que el cansancio de seis horas en una silla de montar, bajo el sol tropical, pueda sentirlo alguien sensible a esas maravillosas bellezas que abundan en la ruta. A veces se levanta hasta prácticamente rozar las nubes blancas que casi siempre ocultan los picos de las grandes cumbres; a veces descende a través del crepúsculo verde de los bosques primitivos; a veces se asoma sobre las vastas profundidades del valle cercado por montañas de extrañas formas y tonalidades; a veces serpentea por encima de las ondulaciones de una tierra cubierta de cañas, más allá de cuyo límite aparece la vaporosa curva de un mar casi violeta.

Quizá, durante varias horas seguidas, no veas nada más que el movimiento de las hojas y de sus sombras, no oigas nada más que el sonido de los cascos del caballo, o el crujido, como de papel, de la caña mecida por el viento, o, desde el borde de alguna sima verde oculta por helechos arborescentes, el bajo y prolongado trino aflautado de algún pájaro desconocido. Pero, tarde o temprano, en algún giro del camino, te encuentras algo de mayor interés humano, algún suceso lleno de exótico encanto: como una caravana de jóvenes chicas de color, con los pies descalzos y los brazos desnudos, que sobre sus cabezas transportan